

INTRODUCCIÓN

Con motivo de las últimas conmemoraciones de la abolición de la esclavitud en Hispanoamérica, los movimientos afrodescendientes, en pos de la reconstrucción identitaria,¹ valorizaron a los adalides de la resistencia negra en contra de la sociedad dominante. Citaremos, por ejemplo, a los “reyes” Bayano, de Panamá;² Miguel, de Barquisimeto (Venezuela),³ a mediados del siglo xvi; y Benkos, de Cartagena de Indias (Colombia),⁴ a principios del xvii; “capitanes” cimarrones que alcanzaron una dimensión de índole mítica.

En México, sucedió igual con Yanga, caudillo de una comunidad que, durante varios decenios, entre fines del siglo xvi e inicios del xvii, puso en peligro el tránsito por el camino real de Veracruz, robando mercancías, matando a quienes se oponían, raptando indias y saqueando haciendas o estancias. Hasta que el virrey Luis de Velasco el Mozo, en su segundo mandato, decidió acabar con él. El prestigioso cabecilla, a cambio de la libertad para su comunidad, se vio obligado en 1609 a aceptar la reducción a un pueblo, no muy distante de su palenque mayor, llamado desde entonces San Lorenzo de los Negros. Pero los vecinos no dejaron de manifestar una altiva autonomía que desembocó en una segunda fundación, la de San Lorenzo de Cerralvo. Ello por supuesto, como en Panamá, no terminó con el cimarronaje, al cual tan sólo podía dar fin una manumisión general.

Yanga, en 1860, fue proclamado héroe nacional. Por decreto de 5 de noviembre de 1932, San Lorenzo cambió de nombre, adoptando el de su héroe epónimo.⁵ La república de México fue el primer país de

-
1. Véase, por ejemplo, Mosquera/Pardo/Hoffmann (2002).
 2. Bayano, uno de los primeros héroes de la resistencia cimarrona, personaje central de un trabajo nuestro titulado *Cimarrones de Panamá. La forja de una identidad afroamericana en el siglo xvi* (2009).
 3. Fray Pedro de Aguado (1919: vol. II, 183-250).
 4. Escalante (1964: 114-115).
 5. Otra prueba de reconocimiento es el hecho de que el hospital general de Córdoba

Hispanoamérica en adoptar semejantes medidas, lo cual no menguó el pesimismo de Gonzalo Aguirre Beltrán, quien, en la introducción a la segunda edición (1972) de su estudio *La población negra de México* (1946), no vaciló en declarar que “a diferencia de otros países hermanos del Continente donde los estudios etnohistóricos del negro se han desenvuelto de modo sorprendente, México sigue negándose a reconocer la importancia de la contribución africana”.⁶

Las cosas ya habían empezado a cambiar desde el extranjero, en particular con los trabajos de Edgar F. Love, Peter Boyd-Bowman y, principalmente, la tesis de Colin Palmer.⁷ Pero en México, fue menester esperar el final del siglo xx y el principio del xxi para que abundasen los estudios sobre los afroamericanos, más precisamente para la región de Veracruz.⁸ Y, desde México, la valiosa dedicación de Luz María Martínez Montiel se extendió a todo el continente con la publicación de tres volúmenes que compilan artículos de los mejores especialistas en estudios afrohispanoamericanos.⁹

Ahora bien, los grandes muralistas les habían tomado la delantera a los etnohistoriadores. En los frescos del Palacio Nacional, Diego Rivera no sólo representó a Juan Garrido, sino que consagró varios espacios hondamente significativos a los negros de Nueva España. José Clemente Orozco, en su visión revolucionaria, no se olvidó de Yanga. Y José Gordillo situó al caudillo cimarrón al lado de Cuauhtémoc en su *Canto*

escogió como nombre el del héroe negro. Con el tiempo, y por varios motivos que a este trabajo no le corresponde exponer, desapareció el fenotipo negro del actual pueblo de Yanga, aunque sigue encontrándose en pueblos de la comarca.

6. Aguirre Beltrán (1972: 11). Una discípula del maestro, Sagrario Cruz-Carretero, en su introducción a *The African Presence in México* (2006), catálogo de la exposición itinerante del mismo nombre, se demora en la resistencia de los mexicanos a admitir su “tercera raíz”.
7. Love (1967: 89-103) evoca muy rápidamente la de Yanga y la conspiración de 1612 en México. Boyd-Bowman (1969: 134-151) trata de la esclavitud en Puebla (procedencia, nombres, compra-venta, ocupaciones, cimarronaje, criminalidad). Palmer (1971) estudia detenidamente estos diferentes aspectos para todo el virreinato. Nuestras referencias remitirán a esta edición de la tesis. Más asequible es la edición posterior, *Slaves of the White God: Blacks in Mexico, 1570-1650* (1976).
8. Citaremos algunas de ellas: Cruz Carretero (1992); Chávez Hita (2001); Naveda Chávez Hita (1987); Del Valle Pavón (1997, 2001); Winfield Capitaine (1984); Castañón González (2002).
9. Martínez Montiel (1993, 1995).

a los héroes pintado en 1952.¹⁰ Últimamente, la Comisión Especial de Apoyo a los Festejos del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución de la Cámara de Diputados proyectó inscribir con letras de oro en el Muro de Honor del Palacio Legislativo de San Lázaro el nombre de Gaspar Yanga, al lado de los de Jacinto Canek y Valerio Trujano, héroes de origen indígena.¹¹

Del personaje de Yanga se ha apoderado también la literatura mexicana. Guillermo Sánchez de Anda, por ejemplo, le consagró una novela¹² que evocaremos más adelante. De momento, quisiéramos decir cuánto nos extrañaron los avatares de la posteridad del héroe y de sus compañeros en la obra del novelista Jordi Soler *La última hora del último día* (2007),¹³ continuación de *Los rojos de ultramar* (2004). El tema versa sobre una agrupación de republicanos catalanes en La Portuguesa, propiedad situada en la selva veracruzana. El capítulo 13 trata de sus relaciones con los descendientes de Ñanga (otra grafía para “Yanga”). Ambos grupos, debido a su marginalidad, acabaron por experimentar cierta solidaridad. El autor hace de Yanga un “príncipe de los Dincas, hijo del rey de los Bora del Alto Nilo, al suroeste de Gondoco”.¹⁴ Si le

10. Véanse nuestros comentarios en los capítulos consagrados a Juan Garrido y Yanga.

11. Pitalúa Torres (2010: 16).

12. Sánchez de Anda (1998).

13. Soler (2007: 157-182).

14. El autor confiesa en su novela haberse inspirado en *Negros y chinos de Veracruz* del historiador Cosme Villagrán. El origen presentado por el novelista es el que suministran a sus lectores varios manuales de vulgarización, debido al error de Vicente Riva Palacio, ministro y nieto de Vicente Guerrero, segundo presidente de la república, que tenía una ascendencia negra. Para V. Riva Palacio, en 1870, Yanga era un miembro de la tribu de los yanga-bara, en el Alto Nilo, de la nación de los dincas, al sudoeste de Gondocoro. Véase Riva Palacio (s. a.: 549).

Evoca la equivocación el escritor Moya Palencia (2006: 248). Según éste, Yanga sería oriundo de Byanga o Nyanga, caserío que se encontraba a orillas del río Cacheu, en la actual Guinea Bissau. Habría sido proclamado rey de no haberle raptado un tío suyo, quien lo vendió a los portugueses. Pasó a poder de negreros españoles, los cuales lo trasladaron a Nueva España (2006: 249). En las reseñas de Internet, se encuentran referencias aún más extrañas que las de V. Riva Palacio. Una de ellas asevera que Yanga era de origen “brang”, “espacio que ocupa la actual Guinea y donde gobernaba la familia real de Gabón” (*sic*).

Mucho más verosímil es la proposición de Nicolás Ngou-Mve, experto en los orígenes bantúes de los esclavos de Nueva España. Se pregunta el

presta una actitud digna del personaje histórico, no pasa igual con los últimos herederos de su comunidad. Desempeñan un papel burlesco, dedicándose a ceremonias “vodú” (!) de magia negra, solicitadas por los catalanes para acabar con el dictador español, sin contar con otros aspectos irrisorios que no hace al caso apuntar aquí. Todo ello concurre a plasmar una visión hondamente negativa. Pero, al fin y al cabo, no se nos ocurrirá poner en tela de juicio la libertad del autor de una obra de ficción.

Esta referencia literaria nos incitó a concretar un proyecto en el que ya llevábamos algún tiempo pensando, o sea, estudiar la resistencia de los negros a los esquemas esclavistas imperantes en los primeros tiempos del virreinato novohispano¹⁵, reanudando un tema que tratamos en relación con otras provincias de las Indias occidentales españolas. Cabe ponerse de acuerdo sobre el sentido del término “resistencia”, para no caer en la trampa de la univocidad. ¿Qué es la resistencia, sino el hecho de oponerse una fuerza a la acción o a la violencia de otra? En el acto pensamos pues en la violencia como respuesta a la violencia. Pero es sabido que la violencia no es la única manera de resistir. De un modo paradójico, a plazo más o menos largo, la adhesión a los esquemas sociales imperantes pudo ser una forma de resistencia pasiva muy provechosa para las víctimas del esclavismo.

Y esta resistencia empezó desde los albores de la colonia. Sin pasar por el aro de la alienación más completa, Juan Garrido, el negro que por primera vez sembró trigo en el Nuevo Mundo, no hubiera tenido la oportunidad de mandar al Consejo de Indias una probanza con el fin de solicitar el premio de sus servicios. Algo más tarde, el desastre de la expedición de Pánfilo de Narváez a La Florida le permitió a Estebanico borrar de un modo muy pragmático las diferencias con sus amos,

historiador gabonés si la etnia “bran”, a la que se refiere el jesuita Laurencio hablando de Yanga, no correspondería a los “bram” o “brama” (“bavarama”) de África Central. Véase Ngou-Mve (1997: 40).

G. Castañón González (2002: 121 y 123), en cuanto a los orígenes de Yanga, se apoya en la proposición de V. Riva Palacio, aunque no descarta la de N. Ngou-Mve.

15. Para lo que toca a los diferentes aspectos de la esclavitud de los negros en México —su sitio en la sociedad colonial, su dimensión religiosa, el acceso a la libertad—, remitimos a los diferentes estudios evocados y, en particular, a los de C. Palmer (1974, 1976).

desempeñando un papel de primera magnitud en el descubrimiento del sur de los actuales Estados Unidos.

Incluso la resistencia activa se diversificó según las circunstancias. Podía manifestarse desde el desembarco de los esclavos bozales en Veracruz, movidos por la ingenua esperanza de volver a África, como ocurrió con el motín de La Rinconada en 1669. En México —y quizá más que en otros “reinos”— la sociedad colonial se caracterizaba por una honda contradicción entre la necesidad de mano de obra servil, cada vez más apremiante, y la psicosis suscitada por su rebeldía, siendo la libertad el bien más precioso del hombre, según admitía la legislación castellana de *Las Siete Partidas*. Así que el cimarronaje, o sea, el hecho para los esclavos de echarse al monte, llegó a ser una preocupación esencial de las autoridades, que nunca consiguieron dominar el fenómeno. Hasta cuando se creían a punto de acabar con las resistencias más férreas, se veían obligadas a negociar, transformándose pues la reducción en un mal menor para los cimarrones, que alcanzaban no sólo la dignidad de hombres libres, sino también la facultad de vivir en comunidades autónomas. Fue el caso de la del “rey” Yanga.

Y, por si fuera poco, la aparente sumisión, controlada a través de las cofradías religiosas, podía generar un fermento de levantamiento. Pruebas de esto son las diversas amenazas que conoció la capital del virreinato a fines del siglo XVI y a principios del XVII.¹⁶

16. Aludimos más arriba al interés de V. Riva Palacio por los negros de Nueva España. En una de sus obras, Teodoro, negro de grandes cualidades humanas, participó en la conjuración de 1612. Véase: *Monja casada, virgen y mártir*, edición y prólogo de Antonio Castro (1988 [1868]).